La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VII. Murcia 6 de Octubre de 1895. Núm. 285.

Suscripcion: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y oficinas: Apóstoles, 11, bajo.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

Por última vez.

Rogamos á los señores suscriptores de fuera de la capital, á quienes se les está remitiendo nuestra publicacion, se sirvan enviar el importe de la misma por el tiempo que tenga de su agrado.

Los que desatiendan nuestro ruego después de llamarles la atencion de otro modo especial, les suspenderemos el envio del periódico.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

Elisa, encantadora muchacha de dieciseis primaveras, como diria un poeta ramplòn, consagraré la primera parte del Palique, porque la verdad sea dicha, la chica se lo merece.

Lo que no se merece es que le hable á un chico que *hace versos*, no porque sea feo, si no porque es muy bruto.

Tan bruto es, que á su Elisa le á escrito un soneto de treinta versos, en letras de oro, en cartulina artísticamente dibujada, sobre campo verde.

Mucho verde necesita este afortunado trovador, porque de este modo llegaria á caballeria.

Que es lo ùnico á que puede llegar.

* * *

Un mi amigo, que está màs de tres meses danzando por estas calles de Dios por ver si encuentra una

chica que le agrade, me dijo los otros dias con acento sentimental:

—¡Ay amigo mio! Soy desgraciado como mi padre, como mi abuelo y como mi abuela.... Supóngase V. que mi padre padecía de un flemòn en el *garrón* izquierdo, mi abuelo de un callo que le salió en un colmillo y mi abuela de unas cataratas en el ombligo. ¡Ay amigo mío, soy muy desgraciado!

—¿Qué me cuenta V.?

—Le cuento toda mi desgracia, porque yo padezco todas las enfermedades que padecieron mis antecesores. Otro en mi lugar se hubiera pegado un tiro, pero lo que es yo no me lo pego.

—Hace V. perfectamente.

—En cambio voy á cometer un crímen.

—¡Caracoles!

—Lo que V. oye.

—¿Y quièn va á ser el interfecto?

—¡Yo!

—¡Qué barbaridad!

—No se asombre: voy à casarme.

—¡Hombre, hombre!—dije con sorna.

—Mi enfermedad lo exije: las cataratas que tengo en el ombligo, me dicen: cásate; el flemòn que tengo en el *garrón* izquierdo: con una bonita, y el callo del colmillo....

—¿Qué es lo que le dice el callo?

—Que sea pronto; pero nada, por más vueltas que le doy á la manzana, no encuentro una que me diga: saleroso.

—Dé V. muchas vueltas y verá (como le toman el pelo.)

—¡Si de aquí al domingo se realizaran mis aspiraciones, lo convidaba á comer!

—¡Amigo mio, sus aspiraciones se realizaran, ó dejo de ser quien soy!

Por una buena comida bien se puede hacer *esto* y algo mas.

* * *

Basta de broma.

Ahora voy á largar un *capotazo* à los toros de esta tarde.

Estos, según dicen, prometen mucho.

Y si no prometen en el *reondel*, en cambio prometen hacer un sabroso estofado.

Y todo es prometer.

* * *

Desde hoy terminamos toda clase de relaciones con «Murcia Alegre», tanto públicas como privadas.

Hay cosas que dá vergüenza tratarlas en el periodismo, y no queremos igualarnos con el semanario festivo, ni descender á su terreno.

La misión de la prensa es mucho más elevada.

El emplear frases mal sonantes es de muy poquísimo gusto literario, de muy poquísima cultura y de muy poco conocimiento de la misión que se quiere tener.

En siete años que venimos publicando La Juventud Literaria, no hemos tenido polémicas tan asquerosas, como la que ha provocado «Murcia Alegre» con nuestra humilde publicación.

Ni en Murcia ni en Alicante, donde colaboramos en periódicos de más valía, de más circulación y de mejor redacción que «Murcia Alegre», hemos tenido disgustos y se nos han dispensado las mayores consideraciones, haciendo justicia á nuestra honradez, á nuestra modestia y á nuestros escasos conocimientos.

Si el domingo último *atropellamos* al director del semanario aludido, él se tuvo la culpa.

Entre nosotros todo ha concluido.

R. I. P.

Ramón Blanco

¡NO HAY DE QUE!

Me preguntas si debes casarte,
y yo francamente,
se sé que decir.
El consejo que pueda yo darte,
de poco ó de nada
te puede servir.

—

Si la chica te quiere y te gusta,
y es buena y honrada,
te debes casar.
Mas si tanto la boda te asusta,
no debes, amigo,
llevarla al altar.

—

¿Que la chica se muere de fijo
si tú la abandonas
y pierde tu amor,
y que tú la idolatras?... Pues, hijo,
¡anímate y cásate!
¡Esto es lo mejor!

—

¿Que á pesar de ese empeño, tu bella,
soltera ó casada
te quiere seguir?
¡Pues entonces, andando con ella!
La robas, te casas,
y luego ¡á vivir!

—

¿Que si el robo en el pueblo se sabe,
ninguno, de fijo,
te dá la razón?
¡Hijo mío, el asunto es muy grave!
Sobre él me reservo
mi pobre opinión.

—

¿Que el amor que me tienes es grande?
¿Qué sólo cien duros
te debo mandar?
Pues si esperas que yo te los mande,
¡ya estás aviado!
¡Te puedes sentar!

—

¿Que al presente esos miles de reales
seguros los tengo?